

VI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XXI Jornadas de Investigación Décimo Encuentro de Investigadores en
Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos
Aires, Buenos Aires, 2014.

Notas sobre la pureza del alma.

Leivi, Tomás y Mónica Lourido, Marisa.

Cita:

Leivi, Tomás y Mónica Lourido, Marisa (2014). *Notas sobre la pureza del alma*. VI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXI Jornadas de Investigación Décimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-035/185>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ecXM/M6w>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

NOTAS SOBRE LA PUREZA DEL ALMA

Leivi, Tomás; Mónica Lourido, Marisa

UBACyT, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires

RESUMEN

En el presente trabajo nos proponemos indagar las formas en que fueron postuladas las cuestiones referidas a la subjetividad del analista para que la operación analítica como tal pueda producirse. Para eso haremos un recorrido por los distintos conceptos analíticos que hicieron hincapié en esa subjetividad del analista. Un recorrido que comienza con la neutralidad analítica, continúa por la contratransferencia postfreudiana y culmina con la postulación lacaniana del concepto de deseo del analista. Es de nuestro interés cernir aquello que de la subjetividad del analista concierne a la operación que dirige: el análisis. Acaso esta preocupación central por la "pureza del alma del operador" sea uno de los mayores rasgos distintivos del psicoanálisis respecto de otros discursos.

Palabras clave

Deseo del analista, Contratransferencia, Neutralidad

ABSTRACT

NOTES ABOUT THE PURITY OF THE SOUL

The aim of this paper is to investigate the ways the issues regarding the analyst's subjectivity to the analytic operation itself may occur were postulated. In order to do so, we will review several analytical concepts that emphasized the subjectivity of the analyst. A path that begins with the Freudian analytic neutrality, proceeds to post-Freudian countertransference and ends with the application of the Lacanian concept of desire of the analyst. It's our interest to indicate in what way the analyst's subjectivity concerns the operation he directs: the analysis. Perhaps this central concern about the "purity of soul's operator" is one of the major hallmarks of psychoanalysis from other discourses.

Key words

Desire of the analyst, Countertransference, Neutrality

Introducción

Resulta evidente que una abrumadora mayoría de los conceptos psicoanalíticos se refieren a distintos aspectos de la subjetividad del analizante: mecanismos psíquicos, operaciones, modalidades del aparato psíquico, formas de funcionamiento. Aquel que es objeto del análisis es también objeto privilegiado de la indagación teórica. Freud incluyó aquello que concernía a la subjetividad del analista bajo dos modalidades diferenciadas: por un lado, la necesidad del propio análisis como paso fundamental en la formación del analista; por el otro, el desarrollo de un conjunto vasto pero decisivo de "sugerencias técnicas". Sabemos bien que, si bien se trataba de "consejos" al médico, constituían un jalón fundamental del método analítico; vale decir, de su dispositivo.

Más allá de la necesidad de análisis del analista -que Freud designaba como una "purificación analítica"-, estos consejos quedan más del lado de reglas técnicas necesarias del dispositivo mismo que de transformaciones esperables en la subjetividad del operador. Hacia allí parece haberse orientado la investigación postfreudiana en el desarrollo y la aplicación sine que non de tales técnicas y en la contratransferencia como orientadora de la intervención. Hacia

aquellas transformaciones esperables parece haberse orientado en mayor grado la investigación lacaniana. En efecto, para Lacan, de lo que se trata es de "poner al analista en el banquillo" (Lacan, 1987, 567). Como consecuencia de ello, la problemática se desplaza de la técnica a la ontología: "cómo actuar con el propio ser" (Lacan, 1987, 592). En definitiva: ¿cuál es el fundamento de la intervención analítica?, ¿desde qué lugar lee, interviene?, ¿qué es aquello que podría proveer de cierto apoyo a su operación?

El psicoanálisis, la ciencia, la espiritualidad

Lacan, haciendo de la problemática del "ser del analista" una cuestión central, esboza un tiro por elevación de neto corte epistemológico que redefine el estatuto del análisis, al tiempo que subvierte la relación entre el psicoanálisis y la ciencia: hace a un lado la antigua pretensión positivista freudiana de ubicar su método dentro de los cánones científicos y provee sin más una definición y una delimitación del discurso de la Ciencia que excede al análisis pero interpela su relación con él: "¿Qué nos hace decir de inmediato que, pese al carácter deslumbrante de las historias que él nos sitúa en el curso de las edades, la alquimia, a fin de cuentas, no es una ciencia? En mi opinión, hay algo que es decisivo: que la pureza del alma del operador era como tal, y explícitamente, un elemento esencial del asunto". (Lacan, 1984, 17).

El clásico debate de la relación entre el psicoanálisis y la ciencia es abordado por Lacan haciendo del "alma del operador" un resorte fundamental. Por un lado, se aparta del debate interno del psicoanálisis para ubicar la cuestión de la relación del discurso analítico con el discurso científico; por otro lado, constituye una definición que marca una divisoria de aguas entre aquello que, para la concepción tradicional, ha de ser ciencia y aquello que no: no podrá ser considerado científico ningún dispositivo de conocimiento en el que tome parte alguna variable subjetiva propia del operador (deseo, ser, pureza del alma). Así, el psicoanálisis no resulta científico por necesitar de una indagación exhaustiva de la subjetividad de sus operadores; la noción de ciencia es redefinida y se ve obligada a repensar su consistencia a la luz de la emergencia del discurso analítico. Según Foucault, en la Antigüedad, el acceso a la verdad y la espiritualidad iban de la mano: era posible acceder a la verdad por medio del conocimiento propio, sin transformación subjetiva alguna: el sujeto, tal como es, es capaz de verdad. La espiritualidad constituía una condición de acceso a la verdad. El ser del sujeto no era puesto en cuestión. Existía una relación de continuidad entre el ser -que no requería de transformación alguna en su acceso a la verdad- y el objeto de conocimiento -que no requería de dispositivo específico de conocimiento. Con la teología escolástica -antecedente de la ciencia moderna-, comienza un conflicto entre la espiritualidad y la teología: por un lado, el desarrollo autónomo del conocimiento; por el otro, la exigencia de una transformación del sujeto y el ser del sujeto por sí mismo.

Aparecerá primero una distinción necesaria entre filosofía y espiritualidad: "Creo que podríamos llamar espiritualidad la búsqueda, la práctica, la experiencia por las cuales el sujeto efectúa en sí mismo las transformaciones necesarias para tener acceso a la verdad. Se denominará "espiritualidad", entonces, el conjunto de estas bús-

quedas, prácticas y experiencias que pueden ser las purificaciones, las ascesis, las renunciaciones, las conversiones de la mirada, las modificaciones de la existencia que constituyen, no para el conocimiento sino para el sujeto, para el ser mismo del sujeto, el precio a pagar para tener acceso a la verdad. (...) La espiritualidad postula que la verdad nunca se da al sujeto con pleno derecho. (...) Postula que es preciso que el sujeto se modifique, se transforme, se desplace, se convierta, en cierta medida y hasta cierto punto, en distinto de sí mismo para tener derecho al acceso a la verdad. (...) Lo cual entraña la siguiente consecuencia: que, desde ese punto de vista, no puede haber una verdad sin una conversión o una transformación del sujeto” (Foucault, 2000, 33). Vemos que aquí Foucault diferencia el pensamiento filosófico en tanto especulación sobre la verdad de la llamada “espiritualidad” en tanto praxis que implica la transformación del sujeto. Al mismo tiempo, podemos vislumbrar dentro de qué tradición histórica ha de insertarse el psicoanálisis.

En segundo lugar, aparece una distinción entre ciencia y espiritualidad, por medio de un argumento muy cercano al esbozado por Lacan en el Seminario 11. Lo que aquí es llamado genéricamente “espiritualidad” ha de entenderse como aquel conjunto de prácticas subjetivas de la Antigüedad que facilitaban el acceso a la verdad. La Modernidad, y con ella la ciencia moderna, hacen que a partir de entonces sólo se acceda a la verdad por medio del conocimiento, relegando a las tinieblas toda forma de espiritualidad. Formas que, al cabo de los siglos, encuentran nuevos canales de expresión: “Pero yo diría que aun en el campo del saber propiamente dicho, esta presión, este resurgimiento, esta reaparición de las estructuras de espiritualidad es, con todo, muy notoria. Si es cierto, como dicen todos los científicos, que se puede reconocer una falsa ciencia en el hecho de que, para ser accesible, exige una conversión del sujeto y promete, al final de su desarrollo, una iluminación del sujeto; (...) no hay que olvidar que, en ciertas formas de saber que no son justamente ciencias, y que no hay que tratar de asimilar a la estructura misma de la ciencia, encontramos, de una manera muy vigorosa y nítida, algunos de los elementos, al menos, algunas de las exigencias de espiritualidad. (...) Habrán reconocido en seguida una forma de saber como el marxismo o el psicoanálisis.” (Foucault, 2000, 42).

El psicoanálisis es ubicado aquí, entonces, como cierto retorno de la espiritualidad forcluido por la ciencia moderna. En la vertiente de una espiritualidad como condición de acceso a la verdad por medio de una transformación subjetiva. El sujeto del psicoanálisis es el sujeto de la ciencia. Inscripto dentro de una tradición que hunde sus raíces en la Antigüedad clásica, el psicoanálisis lacaniano volverá a poner en primer plano la cuestión del ser —luego del “olvido del ser” en que incurrió la era de la técnica— en relación con las transformaciones esperables por medio de la praxis. Si el analizarse es ya desde Freud una condición para devenir analista, e implica para Lacan la operación del acto analítico, la transformación subjetiva esperable por ese acto retoma en nuestros días una antigua preocupación espiritual: “Y me parece que todo el interés y la fuerza de los análisis de Lacan radican precisamente en esto: que él fue, creo, el único desde Freud que quiso volver a centrar la cuestión del psicoanálisis en el problema, justamente, de las relaciones entre el sujeto y la verdad. (...) Lacan intentó plantear la cuestión que es histórica y propiamente espiritual: la del precio que el sujeto debe pagar para decir la verdad, y la del efecto que tienen sobre él el hecho de que haya dicho, que pueda decir y haya dicho la verdad sobre sí mismo. Al recuperar esta cuestión, creo que hizo resurgir efectivamente, desde el interior mismo del psicoanálisis, la más antigua tradición, la más antigua interrogación, la más antigua

inquietud de la epimeleia heautou, que fue la forma más general de la espiritualidad” (Foucault, 2000, 44).

Freud y la neutralidad analítica

El fundamento de la intervención analítica se ubica en Freud en dos niveles diferenciados: el de la técnica y el del propio análisis. El primero lo sitúa en lo que dará en llamar la “neutralidad analítica”, consistente en hacer a un lado en la escucha y en la intervención todo tipo de juicios de valor, prejuicios, fantasías, comprensión yoica o ideales del analista. Se trata de una cuestión técnica por cuanto Freud aspira, por medio de la neutralidad, a evitar toda forma de influencia y orientación de la vida del paciente en el método analítico. Apunta a diferenciarse de la hipnosis y de la sugestión directa. Pretende evitar los efectos sugestivos y ligados a la identificación que el dispositivo mismo genera. “Nos negamos de manera terminante a hacer del paciente que se pone en nuestras manos en busca de auxilio un patrimonio personal, a plasmar por él su destino, a imponerle nuestros ideales y, con la arrogancia del creador, a complacernos en nuestra obra luego de haberlo formado a nuestra imagen y semejanza” (FREUD, 1918/9, 160). Por eso, se trata para él en este punto de no ser transparente para el analizado, sino, “como la luna de un espejo, mostrar sólo lo que le es mostrado”. (FREUD, 1913, p.117). Freud trata de hacer a un lado el yo del analista, apuntando así a que el fundamento de la intervención recaiga más bien en su propio inconciente. Las resonancias del término “neutralidad” han hecho que muchas veces se entienda la posición del analista en una faz prescindente, desimplicada, apática, incluso pasivizante. Como si el “puro espejo” fuese alguien totalmente indiferente al devenir de la experiencia. Pero para Freud no se trata de una ritualización pasiva de la técnica. Su dispositivo no se agota en “aquello que es mostrado” ni en la forma en que se responde a la demanda de un paciente. Por el contrario, la neutralidad freudiana se completa con el principio de abstinencia, que implica una toma de posición y una orientación respecto del síntoma. Por medio de este principio se trata de actualizar y hacer presente el elemento libidinal contenido en el síntoma, a través de la política de la transferencia. Allí, por cruel que suene, se trata de confrontar al sujeto con el síntoma, en una actualización en transferencia que es solidaria con su concepción del síntoma. Y que supone un deseo en el analista de llevar al sujeto hacia esa confrontación, en una posición que nada tiene de neutral. Más bien, se trata de una toma de posición respecto del síntoma.

Por otra parte, Freud va a abordar también aquellas transformaciones que son necesarias en un sujeto para que la operación analítica tenga algún asidero. No se trata solamente de “cómo actúa frente al paciente”. Más bien, se trata de preguntarse qué es esperable, incluso “exigible”, que haya ocurrido con su propia subjetividad como para poder analizar. En este sentido aparece la idea de la purificación como sinónimo de esa transformación esperada: “no basta que sea un hombre más o menos normal; es lícito exigirle, más bien, que se haya sometido a una purificación analítica, y tomado noticia de sus propios complejos que pudieran perturbarlo para aprehender lo que el analizado le ofrece. No se puede dudar razonablemente del efecto descalificador de tales fallas propias; es que cualquier represión no solucionada en el médico corresponde, según una certera expresión de W. Stekel, a un “punto ciego” de su percepción analítica” (FREUD, 1912, 115). Ahora bien, ¿en qué consiste, o en qué podría consistir, dicha “purificación”?

Sobre la contratransferencia

Rápidamente Freud advirtió que el paciente en análisis no era el

único que podía experimentar el efecto sugestivo del dispositivo. Ya en 1910 asegura que “Nos hemos visto llevados a prestar atención a la contratransferencia que se instala en el médico por el influjo que el paciente ejerce sobre su sentir inconsciente, y no estamos lejos de exigirle que la discierna dentro de sí y la domine” (FREUD, 1910, 136). Ese influjo sugestivo sobre el analista es lo suficientemente fuerte y habitual como para acuñar un concepto: la contratransferencia. No se trata de algo contingente sino de un efecto del dispositivo. Una vez aislado el concepto como tal, se impone la necesidad de preguntarse qué estatuto otorgarle. Es claro que para Freud tal estatuto es de obstáculo, como algo que se hace presente en el tratamiento, en la persona del analista, pero que se trata de superar, de dominar. No niega su aparición pero es considerado como algo que aporta una resistencia al análisis. No es considerado como virtud de un indicio sintomático pero tampoco permite un uso operativo de su aparición.

En la carta del 20 de febrero de 1913 dirigida a Binswanger sostiene: “El problema de la contratransferencia que usted aborda se encuentra entre los problemas técnicos más complejos del psicoanálisis. Teóricamente es más fácilmente solucionable. Lo que se da al paciente no debe ser jamás afecto inmediato, sino siempre afecto conscientemente otorgado, en mayor o menor grado según las necesidades del momento. En ciertas circunstancias se puede conceder mucho, pero nunca tomándolo de su propio inconsciente. Esto sería para mí la fórmula. Es necesario entonces, cada vez, reconocer su contratransferencia y superarla, solamente entonces se estará liberado. Dar a alguien muy poco, porque se lo ama mucho, es una injusticia cometida contra el paciente y una falta técnica” (FREUD, 1913, 27). Es interesante consignar que, cuando nos referimos a la contratransferencia, hablamos de un concepto que toca los dos aspectos que venimos delineando en este trabajo: en tanto emergencia de un afecto, concierne al “ser del analista” como tal; y en tanto surge la pregunta de qué hacer frente a su emergencia, concierne al manejo técnico del dispositivo. Precisamente en relación a este punto -el manejo técnico de la contratransferencia- es que van a realizarse los desarrollos posfreudianos sobre el tema. Si de alguna forma el análisis del analista brindaba una garantía sobre su ser, bien podía considerarse la emergencia de cualquier afecto en el analista como una brújula segura de la dirección de la cura. El “analista analizado”, purificado analíticamente, deviene entonces, última ratio, el fundamento último de la operación analítica. Él podrá decir lo que sienta, comunicar sus impresiones, verbalizar sus sensaciones, con la segura convicción de que su propio análisis habrá de aportar un punto de apoyo, un esclarecimiento en todos los casos garantizado. Es una orientación que se basa en el supuesto de que el acto analítico como tal ha de haberse producido sin más en todos los análisis de los analistas.

El analista es el hombre purificado, esclarecido, que ha de intervenir basándose en aquello que siente. Es lo que Lacan retomará para criticar en Variantes de la cura-tipo se ocupe del orden de subjetividad que debe realizar el analista en su intervención. Por supuesto que la cuestión central no será qué siente y qué no el analista frente a las palabras del paciente; no se trata de apuntar a un ideal de pureza en el sentido de una “no sensación radical”: el problema será qué hace o qué no hace, operativamente, con aquello que siente. Lacan se interesará fuertemente cuando en Intervención sobre la transferencia define a la contratransferencia como “la suma de los prejuicios, de las pasiones y de las perplejidades” del analista (LACAN, 1951, 214) retomando, de esta forma, la idea freudiana de la contratransferencia como obstáculo. También volverá a la senda freudiana en el Seminario VIII donde aclara que no se trata de un

ideal de apatía o neutralidad del analista. Reconoce la participación del analista en la transferencia: “¿por qué un analista, con el pretexto de que está bien analizado, sería insensible al surgimiento de cierto pensamiento hostil que puede percibir en una presencia que se encuentra ahí? (LACAN, 1960/1, 213). Lacan registra el carácter provocativo que cobran sus observaciones, a la luz del ideal de “neutralidad analítica”: “Lo que digo es un poco fuerte, en el sentido de que nos incomoda...”. Pero no se detiene: “Yo aún diría más: cuanto más analizado esté el analista, más posible será que esté francamente enamorado, o francamente en estado de aversión, o de repulsión, (...) respecto a su partenaire”. Y todavía insiste: “Incluso tendría malos augurios para alguien que nunca lo hubiera sentido” (LACAN, 1960/1, 214).

Lacan y el deseo del psicoanalista

Si en el Seminario VIII Lacan plantea la pregunta sobre cómo concebir nuestra participación, nuestra implicación subjetiva, en la transferencia, algunos años más tarde -en el Seminario XI- nos acercará una posible respuesta a esta pregunta en el modo en que allí conceptualizará el deseo del analista como operador clínico de la cura. El deseo del analista no se confunde con el fantasma o el querer del analista; a nivel del deseo del analista no debe haber prejuicio del analista. No se confunde con su deseo personal, es un deseo vacío (falta en ser). El analista tiene para ofrecer un deseo advertido. Es un deseo de interrogar a la causa del deseo, su función es suscitar el deseo. Es la causa del campo del deseo, abre las vías del deseo inconciente: es el operador que abre el campo del deseo inconciente. Va más allá del engaño de la demanda y el amor. “Se trata de lograr que desde su posición en la transferencia el analista haga operar un deseo que dé lugar a la emergencia del deseo del analizante, y por lo tanto un deseo que empuje contra los efectos de transferencia, un deseo orientado, no neutral, pero que al mismo tiempo mantenga la neutralidad en el punto mismo en que no se confunde con su deseo personal, y no responde a ningún ideal” (RUBISTEIN, 2003, 88).

En este Seminario Lacan ubicará al deseo del analista como un más allá de la transferencia en tanto ilusión imaginaria, en tanto transferencia que como puesta en acto del fantasma evita el surgimiento del deseo. “Es el deseo del analista lo que permite que esta puesta en acto de la realidad sexual del inconciente tenga consecuencias, es decir, en términos freudianos estas consecuencias son otro destino y no sólo la repetición del mal logro que las originó como traumáticas para las pulsiones” (ARAMBURU, 2000, 89). Aramburu definirá al deseo del analista como la particularidad de la transferencia analítica. “El deseo del analista hace caer el amor para hacer surgir el deseo” (ARAMBURU, 2000, 94). El deseo del analista es lo que hace de obstáculo al gozar de la transferencia, en tanto hace caer el amor para hacer surgir el deseo. Empalma la demanda con la realidad sexual del inconciente, hace que la pulsión se ligue al deseo. “El mecanismo fundamental de la operación analítica es el mantenimiento de la distancia entre l y a” (LACAN, 1964, 281). El deseo del analista es causa de un deseo más amplio que el deseo capturado en el Ideal. El Ideal mantiene un vacío de deseo. El deseo del analista no se sostiene en el Ideal, es decir, en el narcisismo, en el principio del placer. Por eso, hace la diferencia entre la transferencia, que separa la demanda de la pulsión, la aísla de la pulsión y vira esta demanda al Ideal; y el deseo del analista que nuevamente empuja a esta demanda a separarse del Ideal y a juntarse con la pulsión. El deseo del analista está del lado de la pulsión, porque sin deseo del analista no hay vinculación de la demanda con la pulsión. “Para darles fórmulas que sirvan de puntos de referencia, diré —si

la transferencia es aquello que de la pulsión aparta la demanda, el deseo del analista es aquello que la vuelve a llevar a la pulsión. Y, por esta vía, aísla el objeto a, lo sitúa a la mayor distancia posible del I, que el analista es llamado por el sujeto a encarnar. El analista debe abandonar esa idealización para servir de soporte al objeto a separador, en la medida en que su deseo le permite, mediante una hipnosis a la inversa, encarnar al hipnotizado" (LACAN, 1964, 281). Lacan también señalará que este deseo no es un deseo puro. "Es el deseo de obtener la diferencia absoluta, la que interviene cuando el sujeto, confrontado al significante primordial, accede por primera vez a la posición de sujeción a él. Sólo allí puede surgir la significación de un amor sin límites, por estar fuera de los límites de la ley, único lugar donde puede vivir" (LACAN, 1964, 284). El deseo en estado puro entraña el sacrificio del objeto de amor, no del objeto en su relación con el deseo. No es puro pues ha de desear obtener la diferencia absoluta del significante: debe producir el espacio de la diferencia absoluta. Esa pura diferencia entre S1 y S2 donde está ubicado el objeto a. El analista debe lograr que la pulsión se ligue al deseo y que la satisfacción se juegue en la cadena significativa. El deseo del analista es causa de un deseo más amplio que el deseo capturado por el Ideal. Se trata de un deseo que opera abierto a la novedad del encuentro (desprendido del goce de la repetición). Es un deseo que no se enmaraña en el fantasma del analizante. La meta del análisis es que el sujeto obtenga cierto margen de libertad en relación con el lugar que ocupó como objeto del deseo como deseo del Otro. Para ello el deseo del analista debe buscar esa diferencia absoluta que permita la separación del sujeto en la experiencia.

Conclusiones

Aquello que separa al psicoanálisis de la ciencia moderna tiene que ver con la forma en que el operador se encuentra implicado en el dispositivo que conduce. De esta forma, el psicoanálisis retoma una forma antigua de espiritualidad que había sido relegada. Este relevo implica que la cuestión de la subjetividad del operador devenga, en el psicoanálisis una cuestión central. Tan central que desde el comienzo Freud desarrollo conceptos, como la neutralidad o el análisis del analista, que se ocuparon de esta cuestión. Las analistas postfreudianos hicieron una lectura en la que veían al propio análisis del analista como el fundamento que garantizaba de la operación. Lacan, al postular la idea del deseo del psicoanalista, ubica más una función vacía de contenidos y virtudes que puede, con su posicionamiento, hacer advenir en el espacio de la cura, una modalidad distinta a la del goce repetitivo. El fundamento no está en la esencia de un ser sino en la apuesta por un deseo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aramburu, J. (2000) El deseo del analista. Buenos Aires: Tres Haches.
- Cabral, A. (2009) Lacan y el debate sobre la contratransferencia. Buenos Aires: Letra Viva.
- Cottet, S. (1984) Freud y el deseo del psicoanalista. Buenos Aires: Manantial.
- Freud, S. (1910) "Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica". En Obras Completas, Vol. XI. Buenos Aires: Amorrortu Editores
- Freud, S. (1912) "Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico". En Obras Completas, Vol. XII. Buenos Aires: Amorrortu Editores
- Freud, S. (1913). "Sobre la iniciación del tratamiento". En Obras Completas, Vol. XII. Buenos Aires: Amorrortu Editores
- Freud, S. (1919). "Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica". En Obras Completas, Vol. XVII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Foucault, M., "La hermenéutica del sujeto", Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2000.
- Lacan, J. (1951) "Intervención sobre la transferencia". En Escritos 1. Buenos Aires: Siglo XXI
- Lacan, J. (1955) "Variantes de la cura-tipo". En Escritos 1. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1958) "La dirección de la cura y los principios de su poder". En Escritos 2. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1960/1) El Seminario Libro VIII "La transferencia", Paidós, Buenos Aires.
- Lacan, J. (1964) El seminario Libro XI "Los Cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis", Paidós, Buenos Aires.
- Rubistein, A. "El deseo del analista, ¿es neutral?". En Hojas Clínicas 2008 (compilación). Ed. JVE. Bs. As. 2008.